

EL ECO DE CARTAGENA

LUNES 20 de Febrero de 1882.

EL CARNAVAL.

I.

Cada año que llega, ó cada año que pasa y es lo más triste, sufre un nuevo desencanto, experimenta un fracaso mayor ésta ya casi entre nosotros «histórica» institución.

Y á fuer de Cartageneros viejos, no podemos menos de presenciárselo con pena, pero de tal modo se va perdiendo aquí la «afición», que dentro de poco, muy poco tiempo, nada que dará de aquel nuestro bullanguero y alegre carnaval.

Desapareció la famosa «compañía» que iniciaba la gresca en el día de San Antón y las infinitas «máscaras» que perteneciendo á los géneros masculino, femenino y neutro (por el disfraz, se entiende) aturdián la población con su algarabía en la época actual convirtiendo á Cartagena, en una verdadera casa de Orates; llegando al «delirium tremens» de la broma y del jaleo... también pasó, como todo pasa en este mundo y hoy ¡oh dolor! solo nos queda de todo aquello tenue memoria, dulces recuerdos de pasadas, lejanas alegrías.

Y la verdad es, que eso de estar, como estábamos «in illo tempore», pensando desde Diciembre en el disfraz con que habíamos de dar broma á Fulanita y ocupándonos en trascendentales investigaciones para adquirir noticias con que dejar estupefacto á Menganito, sin que ni lá una ni el otro llegara á «concernos», la verdad es, repetimos, que tiene su tanto de poético atractivo.

Y ya en la calle, alcanzará Zutanita y ver á Perengano, y darles broma, y llegar á las máscaras y luego otras y cien más y armar entre todas invisible algarabía, capaz de hacer despartarse en los pacientes, deseo irresistible de haber nacido sordo, y convertirse en estatua de bronce insensible á las palmadas, pelliscos y otros escesos, superabundantemente repartidos en tales días... vamos era delicioso, era lo que había que ver.

Mas ¡oh temporal ¡oh mores!

Hoy apenas se ve un disfraz por esas calles de Dios: apenas se oye un bromazo como aquellos que duraban hasta Pascua de Resurrección inclusive... en fin ésto se va... y se va pronto á pasos agigantados.

¿Teníamos ó no razón al decir que presenciábamos la derrota del carnaval, con verdadera pena?

¡Vero basta de broma y vamos á la obra!

II.

La tarde era hermosa, con un sol brillante y esplendoroso... la carrera de gente y de vez en cuando al

gun que otro «adíos que no me conoces» dejábase oír entre la multitud, llamada fea, del género humano, que tranquilamente paseaba disfrutando de la magnífica tarde primaveral.

En los balcones oh! en los balcones estaba como es de rubrica, la otra mitad, la más preciada mitad del su dicho «género humano» que constituye el todo todo de él y «aínda mais.»

Ojos negros como la noche, incrustados en rostros morenos, de carácter esencialmente revolucionario de mágico puro, ojos azules como el cielo, puesto por los ángeles en tipos rubios, con fuego bastante á convertir el mármol en agua clara, y en fin para no cansar, rica, variada, interminable colección de hijas de Eva, capaces todas y cada una de ellas de traer á buen camino el intransigente y recalcitrante insulso célibe, capaces de rendir á impulsos de una mirada al más bravo de nosotros á quienes por mofa sin duda se nos llama el sexo fuerte; ¡Buena está la fortaleza! Al mas templado quisiéramos ver frente á frente de dos ojos negros (ó de color cualesquiera...) porque es probado ante una mirada «con intención» Alejandro, César y el mismo Napoleón el grande, se quedan tamañitos cual niños en la infancia.

Y quien lo dude, haga la prueba por sí. Pero ¡qu! más hoy amaneció nublado, despues ha llovido ¿sabeis porqué? pues esa lluvia no era sino llanto amargo, lágrimas incontables del astro del día, que oculta su «rostro» avergonzado, envidioso de aquellos otros que ayer exhibían sus gracias y bellezas.

Por eso, pues, si las «máscaras» van escaseando, las cartageneras, que son saladas porque si, abundan que es un gusto, permitiéndonos á nosotros los «retirados por cumplido», admirar á Dios en sus obras y sirviendo de cruel, horrible tormento, á los jóvenes que alcanzan situación de «disponibles.»

III.

Y fuera de estas inevitables desgracias que los «acerados dardos» que lanzan los ojos de «cellas», causan en los desventurados hijos de Adán, el orden ha sido completo; ni el más leve desmán, basta para ello decir que la policía se mantuvo ociosa en toda la tarde y noche de ayer.

Que es cuanto puede desearse.

Y quiera el cielo que siga la ociosidad hoy y mañana y siempre.

UN RETIRADO.

CONOCIMIENTOS UTILES.

La pesca del tiburón en Java.

Un viajero que ha recorrido los mares de la India y de la China, relata en los siguientes términos una pesca de tiburón con que se obs-

quiaron durante su permanencia en Anjeria, aldea situada en la costa de Java.

«Entre los distintos entretenimientos que me proporcionó el comandante del fuerte holandés, ninguno fué para mí tan nuevo como la última sorpresa que me reservaba.

Una mañana penetró como un huracán en la cabaña que yo habitaba, y despertándome ruidosamente me gruó:

«¿Queréis venir á pescar tiburones? Es una diversión que proporciona muchas emociones. Vestíos prontamente y partamos, porque nos están esperando ya.

Un junco chino nos aguardaba en el fondeadero aun cuando no teníamos que alejarnos muchas brazas de la bahía. Mientras llegamos al parage propicio, me explicó el comandante que los tiburones son muy feroces en aquellas aguas, que se pescan con harpon y que este sistema era la sorpresa que me reservaba. «Sin embargo, añadió con una sonrisa burlona, como debo suponer que sois novicio en este juego, pescaré y vos tendréis el placer menos peligroso de mirarme. Hubiera pedido responderle que aun podía gozar de otro placer, el de zozobrar en caso de accidente imprevisto, pero guardé silencio por no exitar las burlas de mi arrojado compañero.

A una milla de la costa se puso al palo el junco, se lanzó al mar el bote, y en él nos colocamos el comandante y yo, acompañado de dos remeros chinos. Pronto vimos surgir de las olas algunos «cuernos» de tiburón, y remamos silenciosamente en dirección al mas próximo. A veinte brazas de distancia se detuvo el bote, y el oficial holandés preparó su arma.

No recuerdo haber visto jamás en ninguna otra parte del mundo tan gran cantidad de tiburones como en las cercanías de Anjeria, en donde permanecen constantemente, atraídos por los restos que acarrea el río ó que los indígenas arrojan á las costas.

En un momento oportuno lanzó el comandante el harpon á uno de aquellos voraces animales, y en poco estuvo que no pagáramos cara semejante empresa. Apenas sintió el tiburón la herida, se sumergió, tirando con toda su fuerza de la cuerda que se enredó súbitamente al rededor de uno de los toletes de los remos y se llevó una mitad de la borda.

La cuerda siguió sumergiéndose con rapidez, enredándose de nuevo en el brazo del pescador, la sacudida fué tan violenta que me encontré en el instante rodando, en compañía de los remeros, por el fondo del bote, que se inclinó de una manera alarmante. Por fortuna, en el momento

en que el bote se hundía iba á ser arrastrado, por el monstruo á la superficie y se aflojó la cuerda bastante, para que aquel pudiera sacar el brazo. Nuestro bote recobró el equilibrio y pudimos respirar.

El momento fué cruel; pero el monstruo pagó por todos y no pudo evitar ya su captura. Logramos asegurar nuestra presa, aunque con bastante trabajo porque los saltos y sacudidas del herido exigieron infinitas precauciones.

Un pobre habitante de Java, que llegó en aquel momento con su bote cargado de frutas y verduras á la popa de nuestro junco, no pudo resguardarse á tiempo y fué lanzado al aire por un coletazo que destrozó su débil embarcación. Pudo mantenerse nadando y subir á bordo, pero el bote y su cargamento se fueron á fondo.

Reconoci sinceramente la superioridad atractiva de este género de diversión, lo que pareció complacer mucho al buen holandés, y subimos al junco, cuyos marineros nos acogieron con ruidosas manifestaciones de satisfacción.

Izada á bordo nuestra presa y rematada con los espeques, se empleó la tripulación en despedazar al monstruo, que medía doce piez de largo, y fué cortado en gruesas tiras.

Si le hallaron en el estómago cuatro tiburones pequeños vivos; una enorme masa indefinible, una cabeza de búfalo, el cuerpo casi entero de un ternero y una gran cantidad de huesos de diversas procedencias.

Ganamos alegremente la playa en nuestro averiado bote, y al tiempo de desembarcar me dijo el comandante, dándome un golpecito en el hombro: «Ahora es preciso que lo proqueis.»

En efecto á nuestros piés rodaba un barrilito cuyo fuerte olor no me presagiaba nada bueno.

La broma me pareció esta vez algo pesada, y un estremecimiento de repugnancia conmovió todo mi cuerpo. Cuando se vino en predicó esperar todo; pero declaró que semejante festin es excesivamente cruel. ¡Hubiera preferido comer caiman!

Sin embargo no tuve más remedio que amoldarme á las costumbres del país, y los javaneses han contraído el hábito, no solo de comerse los tiburones que capturan, sino el de honrar con semejante festin á los extranjeros que tienen la dicha de hospedar.

El banquete se celebró en la pagoda inmediata á mi cabaña. Los soldados de la guarnición holandesa estaban también invitados; pero me pareció notar que su satisfacción no era excesiva.

Inútil es añadir que los indígenas tragaron cantidades enormes de